XII

Las mujeres cuya alma está templada como la de la señorita Montaigu, tienen una penetración tal, que es imposible engañarlas.

Harry, tímido, desconfiando de todos y hasta de sí mismo, disgustado por la superioridad de los demás, envidioso de aquellos á quienes la naturaleza había tratado con mayor liberalidad que á él, concediéndoles más seducciones, había encontrado á Juana Montaigu en casa de la duquesa de Rochemaure, en uno de sus frecuentes viajes á París.

Desde el primer día había sido fascinado por aquella exuberante belleza rodeada de adulaciones mundanas, realzada por los cumplimientos demasiado vivos, de los ociosos concurrentes al salón de la anciana duquesa, cumplimientos que acogía con una sonrisa ó encogiéndose de hombros, y sin provocarlos ni mostrarse descontenta ó satisfecha de ellos.

Entre aquellos aduladores, sin ardor y sin sinceridad, desnaturalizados por las aventuras de la vida de París, Juana había comprendido en seguida la diferencia que existía entre sus frivolidades y la pasión muda y casi salvaje de aquel extranjero, que la devoraba con los ojos, se apoyaba en el piano cuando ella cantaba y

permanecía allí, absorto, bebiendo las palabras, siguiéndola con la mirada y aplicando el oído á las galanterias de sus adoradores y aun más á las respuestas que ella les daba.

Aquel era el amor tal como ella había deseado inspirarlo.

Por desgracia del enamorado, siguiendo su programa, le inspiraba una invencible antipatía.

Instintivamente se huia de aquel alma que la buscaba y de aquel amor que llegaba á ella casi vergonzosamente y en silencio.

Le colocaba en sus ligeras comparaciones á cien codos por debajo de aquellos que estaban en paralelo con él.

El elegante Mortcef', el hermoso Steward, sobre todo, constelado, por decirlo así, por condecoraciones recibidas en las Cortes extranjeras; el hermano que había acaparado todas las ventajas y todos los privilegios; poseia fácil y elegante palabra, tenía agradables formas y relegaba en la sombra al desheredado, que mendigaba furtivamente, con la mano entreabierta, lo que no se atrevía á disputarle frente á frente.

Juana, fiel á sus hábitos de prudencia y á sus cálculos ambiciosos, sabiendo que existía en él una naturaleza de la cual dispondría á su gusto llegado el momento oportuno, comprendiendo lo profundo de su pasión, no le recha-

zaba y seguía sin equivocarse los progresos de la pasión en aquel alma enferma y secretamente ulcerada.

Con una sonrisa ó una mirada equívocas, y á veces con una burla medio compasiva, animaba á aquel esclavo, á quien la violencia de su amor quitaba la calma necesaria para una confesión categórica; y cuando un día, armándose, por fin, de un valor inusitado en él, se acercó á ella ofreciéndola acompañarla en el momento en que dejaba el salón de la avenida de Friedland, después de un triunfo de música y de belleza, la joven le acogió con un rigor que no tenía más que un objeto: el de exhaltar un sentimiento que ella se reservaba como un recurso, si el porvenir defraudaba las esperanzas que había concebido por otra parte, y que conservaba en su corazón, con el cuidado que las sacerdotisas de Vesta conservaban el fuego sagrado sobre los altares de la diosa.

—A la hora que es—le dijo la joven, con un acento que heló la audacia del pobre enamorado—tengo más necesidad de un ómnibus que de una declaración.

Era más de media noche y la avenida estaba desierta.

A esta burla, un sudor frio brotó de las sienes de Harry.

—Os suplico que me escucheis—la dijo.—Este momento decidirá quizás de mi vida.

Desgraciadamente no logró otra cosa que hacerse más odioso, á aquella cuya amistad queria conquistar.

—Hablad pronto—dijo—no estoy acostumbrada á escuchar proposiciones á estas horas y en medio de la acera.

La voz de Harry se ahogaba en su garganta.

—Sois implacable, señorita,—dijo por fin.—Comprendo hasta qué punto soy ridículo y grotesco; pero el secreto me ahoga y no puedo por menos de confesaros que os amo.

—Eso es demasiado honor para mí, querido sir; pero es un poco tarde para continuar escuchándoos y os ruego que me dejeis. Nos veremos otro día.

—Juana—dijo entonces el inglés, encontrando al fin el acento con que pretendía haberla hablado desde luego.—No puedo vivir sin vos y todas las fuerzas de mi ser me arrojan á vuestros pies.

Su voz temblaba al pronunciar estas palabras. A pesar de su frialdad aparente, Juana se turbó.

Aquel grito de desesperación llegaba á su alma, como la voz de un náufrago pidiendo auxilio; pero se rehizo contra la tentación, tan natural en las mujeres, de mostrarse compasivas y buenas, y dejó caer de sus labios esta frase glacial:

—¿Con qué derecho me confiais todas esas cosas?

Harry no había previsto esta pregunta.

—¿No me respondéis?—replicó Juana,—eso significa que no os atrevéis á explicarme vuestro pensamiento. Voy á ahorraros ese trabajo, á fin de poner coto á vuestras pretensiones, que perdono—dijo, tratando de hacer resaltar la mayor dulzura en estas últimas palabras,—os diré vuestros proyectos y voy á explicaros los míos.

—Me habéis encontrado en una sociedad á que no pertenezco y de la cual mi nacimiento debía alejarme; me habéis dispensado el favor de verme tal como soy—dejemos á un lado vanas modestias—es decir, capaz de inspirar á otros los mismos propósitos que á vos, y suponiendo que os sería fácil vencerme, habéis querido escribir en el álbum de vuestras conquistas un nombre más.

Harry la seguía en silencio, aturdido por aquella declaración incisiva y demasiado cierta para ser contestada.

—Os juro...—balbució.

—¡No juréis! ¿A qué intentar engañarme? Confesad que habéis creido que era una muchacha ligera, porque no me incomodaba al oir vuestras tonterias y porque no acostumbro á contestar jamás á una impertinencia con un bofetón. No teniaís razón, pero os dispenso.

Ahora bien, quiero que conste que es inútil el que insistaís en vuestros propósitos.

No soy ni romántica ni extravagante.

Comprendo la vida tal como es, y considero á los hombres como son; es decir, egoistas é implacables para con nosotras.

Buscaré alguna gran casa para entrar en ella en la condición subalterna de institutriz, única que me conviene.

Nadie se ocupará de mí, y con tal de que yo enseñe pacientemente á una discípula, más ó menos lista, lo poco que yo misma sé, se me permitirá vivir en mi obscuridad. Además, se tendrá la bondad de entregarme cada trimestre lo que se da, poco más ó menos, á una doncella mediana que sabe peinar y vestir á su señora.

No me casaré, porque soy demasiado altiva ó demasiado orgullosa, si queréis, para aceptar por marido á uno de mi clase, y porque no tengo la dote necesaria para poder elegir esposo.

No sé si amaré jamás.

Creo que no. En todo caso, el objeto de mis preferencias, si es que existe algún día, las ignorará siempre.

Tengo una cabeza bastante sólida que me defenderá de las debilidades del corazón, y bastante corazón para no enrojecer ante nadie.

Os he tratado como amigo. Habéis recibido

mis confidencias, y, para que veáis si soy discreta, renuncio á oir las vuestras.

He querido sencillamente haceros conocer mi carácter, que no juzgábais con acierto. Adiós.

Y dejó al menor de los Steward, que no encontró palabras que replicarla, ni fuerzas suficientes para detener á la encantadora institutriz, cuya voz vibrando en sus oídos, le causaba doloroso arrobamiento.

Desde aquel día, la pasión del amante rechazado se complicó con unos celos, que Juana parecía tener empeño en exasperar con sus coqueterías.

En cuanto la joven se presentaba en casa de su madrina, el hermoso Riozarés, que se alababa de no encontrarla muy cruel, no se separaba un instante de ella y la agobiaba con sus galanterías, tan atrevidas como espirituales, galanterías que se le dispensaban á causa de la prodigalidad con que las empleaba en sociedad.

Lo que no se atrevía á decir, lo cantaba.

Su maravillosa voz le facilitaba las alusiones.

Juana le daba la réplica y se prestaba de buen grado á la ejecución á cuatro manos de obras españolas. Acogía sus atrevimientos con carcajadas que hacían descubrir todas las perlas de su boca, cuando cantaba con él duos muy

melódicamente concebidos y coreados en seguida por los concurrentes.

Era costumbre, ya adquirida por todos el excusar las audacias de aquel capitalista, del espíritu, semi-Fígaro semi-Almaviva, más, á pesar de todas sus ventajas, no era el más peligroso de entre los aduladores de la seductora plebeya.

Se semejaba á los regimientos que para sorprender mejor al enemigo van precedidos de tambores y cornetas, ó atizan el fuego del vivac en las proximidades del lugar en que están sus adversarios.

De muy distinta manera se conducía el conde de Mortcerf (Adhemar-Nathaniel) uno de los miembros más escuchados del Jockey.

Serio, astuto, empleando la diplomacia hasta en sus menores empresas, había concebido, no una pasión—el noble conde se hubiera condenado á diez años de matrimonio si hubiera tenido esta deplorable debilidad—sinó una inclinación muy viva hacia Juana, y seguro, ó creyendo estarlo, de vencer sus resistencias algun día, había sitiado la plaza; pero sin precipitación, á la manera de los generales que quieren apoderarse de un sitio por el bloqueo. Habia rodeado á la joven de toda suerte de atenciones. A él debía sus conocimientos en equitación. La había tratado como á una amiga, describiéndola con su estilo incisivo y pre-

ciso, la sociedad en que pretendía vivir, poniéndola en guardia contra las tentativas de los demás y tratando de colocarse él en el mejor lugar; pero Juana le había conocido perfectamente y desconfiaba de él.

La presencia de otro pretendiente, perjudicaba mucho al conde de Mortcerf, y nada hay más difícil de conquistar que un corazón absorto en la idea de otro objeto.

Juana no amaba aún; pero había allí, en el salón de su madrina, un hombre á quien se complacía en ver y en oir y que, ausente ó presente, ocupaba su pensamiento y acerca del cual había concebido sus proyectos.

James Steward, el brillante, el dichoso, el irresistible, realizaba el tipo acariciado por la imaginación de Juana.

El contraste entre ellos era notable; pero la naturaleza se complace en estas combinaciones cuyo secreto íntimo escapa á la razón humana.

El diplomático no tenía, en apariencia, atención alguna particular con la joven; pero en ciertos signos imperceptibles comprendía Juana que una corriente poderosa, por la cual se dejaba llevar, le arrastraba hacia ella.

Sentían mútuamente conmociones eléctricas, que son quizás el misterio del amor, por quien todo se vivifica, y cuando en la penumbra de una ventana ó de un vestíbulo, James fijaba, como distraido, sus ojos en los de la joven, brillaba

en ellos una de esas miradas, cuyo significado no se oculta jamás á las mujeres.

Juana se defendia de la mejor manera posible contra aquella instintiva atracción. No estaba enamorada, pero pensaba que el futuro duque de Albany reunía las cualidades de que ella había dotado al elegido de sus sueños; alimentaba, aunque sublevándose contra la vanidad de sus ilusiones, una vaga esperanza de llevarle á sus pies y de imponerle un día tales condiciones, que su fortuna su posición serían objeto de envidia para las demás mujeres.

¡Llegar á ser una Steward duquesa de Albany! ¡Qué triunfo! No se atrevía á confesarse á sí misma estas pretensiones; pero era el porvenir que ambicionaba.

Y el hombre no desaparecía para ella entre los millones y los títulos.

Gracias á la impenetrabilidad del diplomático y á la precoz astucia de Juana, nadie había adivinado el secreto que ambos guardaban con el mayor cuidado; tan solo Harry, cuyos crecientes celos poblaban su imaginación de incesantes fantasmas, habia concebido sospechas, que flotaban como sombras en su espíritu, presa de todas las miserias de la duda.

Cuando la joven manifestó su intención de entrar como institutriz en Glenmore, estas sospechas crecieron y se prometió esclarecerlas.

Además, este propósito le acercaría á Juana,

que había llegado á ser para él una verdadera monomanía, muy próxima a la locura.

¿No es el amor, muy á menudo, la más terrible de todas las locuras?

Tal era el estado de su alma á su llegada á Glenmore.

Había buscado una explicación; había confiado en que Juana, lejos de sus admiradores, sería más accesible á sus súplicas, y veía que se mostraba más altiva que nunca.

XIII

Ante la respuesta fría y acerada, «¡Sed noble y no me calumnieis!», que atravesó su pecho como un hierro candente, una lágrima de rabia abrasó sus ojos, y para ocultarla se pasó varias veces la mano por la frente.

Juana le dominaba por su gran sangre fría. Esta extraña muchacha calculaba los efectos con la misma calma y la misma paciencia que un matemático.

El, impotente para contenerse ante la joven, siempre dispuesto á arrojarse á sus pies, ó á ahogarla si para ello hubiera tenido fuerzas, no sabía ocultar la pasión sin freno que le inspiraba.

Los caballos marchaban al paso, el uno al lado del otro, alargando sus cuellos y acariciándose, indiferentes á las querellas de sus jinetes.

Por encima de ellos se elevaban las copas de una avenida de olmos, formando con sus entrelazadas ramas, á gran altura, una vasta nave ojival.

Más bajo, en el horizonte, á la distancia de una milla y á una gran profundidad, se distinguían las brillantes aguas del lago, al cual ha-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MONTERREY, MEXICO